

PREFACIO

En este libro relaciono la moral con etapas más tempranas del proceso cósmico del cual aquélla es un desarrollo avanzado, interpreto los sentimientos morales y los conceptos éticos a la luz de esta relación, y dando su debida importancia a todos los motivos pertinentes, pongo los cimientos de una ética tanto comprehensiva como compatible con nuestras aspiraciones espirituales.

La moralidad es esencialmente el esfuerzo consciente de cultivar la armonía en nuestras vidas individuales, con las personas que nos rodean y, en su mejor expresión, con el reino más amplio de la naturaleza y del planeta que nos sustenta. La ética es la división de la filosofía que estudia la moral en todas sus diversas manifestaciones. Siendo tanto analítica como constructiva, no sólo intenta desentrañar los orígenes de la acción moral y de los significados de las palabras que utiliza; también, desde su nacimiento en la antigua Grecia, ha examinado los fines de la vida humana y los medios para alcanzarlos. Estos fines han sido tan diversos como los temperamentos de las personas que enseñaron o escribieron sobre ética, pero la mayoría han estado dirigidos al cultivo de una felicidad, una satisfacción, o un sentido de realización firmemente establecidos. Difícilmente es una exageración definir la ética como la búsqueda de la felicidad. Fascinados por las características peculiares de la vida moral humana, los filósofos han prestado poca atención a la cercana conexión entre la moralidad y sus antecedentes en el mundo animal y, más allá, en el universo en general. Incluso Herbert Spencer, un pensador con intereses tan amplios como los de Aristóteles, fracasó en no articular su ética junto con su filosofía evolucionista tan fielmente como podría haberlo hecho¹. En este libro intento alcanzar una articulación más sólida.

Cuando vemos ampliamente la moral como el esfuerzo por aumentar la armonía con todo lo que nos concierne, reconocemos su semejanza con un proceso cósmico general. Desde sus primeros fundamentos en el espacio y la materia, el universo está impregnado por un movimiento que unifica diversas entidades en patrones de creciente amplitud, complejidad y coherencia: el proceso de armonización. En una vasta escala ha creado el sistema solar, en el cual el Sol, los planetas y sus satélites, se mueven según un patrón tan estable que ha perdurado durante el largo tiempo necesario para cubrir la Tierra de abundante vida: un sistema que podría servir como paradigma de una sociedad bien ordenada. En una escala muy pequeña, un proceso similar unifica los átomos en moléculas, y a ambos en cristales que generalmente son tanto bellos como permanentes. En una escala intermedia, la armonización es evidente en el crecimiento de organismos tanto vegetales como animales, en los cuales una mayor diversidad de componentes son todavía más estrechamente integrados e interdependientes que en cualquier otra creación inorgánica de cualquier magnitud. Después de incontables generaciones de lento avance, debido a los crudos y azarosos métodos de la evolución biológica, la armonización produjo mentes sensibles al proceso que las impregna; éstas usan su capacidad de prever y elegir para promover la armonía en el mundo viviente, convirtiéndose así en agentes morales. Como la evolución biológica ha sido oportunista en lugar de planeada, y la excesiva intensidad de un proceso primordialmente beneficioso ha sobrepoblado la Tierra con seres vivientes que casi siempre compiten ferozmente por aquello que necesitan, la tarea de estos agentes no ha sido fácil; pero el darse cuenta de que sus

esfuerzos van en la dirección de un movimiento cósmico que genera orden y belleza y que aumenta el valor de la existencia —un movimiento que los impulsa hacia adelante— debería darles valor para perseverar.

El estudio prolongado de animales en libertad, especialmente de las aves más sociales, me ha impresionado por el notable parecido de sus problemas y los nuestros. Su bienestar, como el nuestro, depende de la concordia con otros de su clase. Han desarrollado patrones de comportamiento que promueven la cooperación y mitigan los conflictos interindividuales. Una importante diferencia entre ellos y nosotros es que su comportamiento es en gran escala controlado mediante procesos innatos, mientras que el nuestro es en gran escala aprendido. En consecuencia, llegamos a ser más conscientes de nuestra conducta de lo que suponemos que son otros animales; pero nuestros hábitos se imprimen más levemente en el sistema nervioso. Esta circunstancia, en mentes inquietas capaces de elegir entre cursos de acción alternativos, es responsable de todas las extravagancias del comportamiento humano. Ha hecho de la moralidad una necesidad humana, como compensación de nuestra pérdida de patrones integrados de comportamiento innatos, en lugar de aprendidos. Nuestros errabundos pensamientos y todas las tentaciones que nos solicitan en una compleja civilización, nos han hecho más propensos a errar el camino de lo que suponemos lo hacen otros animales; pero ellos tampoco están libres de aberraciones del patrón de comportamiento que garantiza su sobrevivencia como individuos y como especies. Las diferencias entre ellos y nosotros no deben impedirnos ver semejanzas fundamentales. De ellos puede decirse que tienen una protomoralidad tal como la que poseían nuestros remotos ancestros prehumanos, de la cual evolucionó nuestra moralidad más autoconsciente al irse gradualmente sustituyendo el comportamiento innato por el aprendido.

Para sostener una teoría preferida o para alcanzar claridad en la exposición, los filósofos muchas veces han intentado derivar toda la moral de un motivo único, tal como la autopreservación, la búsqueda del placer o la felicidad, el deber, o cualquier otra cosa, desatendiendo así otros motivos que pueden justificar nuestro esfuerzo moral. Aunque esto pueda ser intelectualmente satisfactorio, comúnmente no consigue desarrollar una ética de amplia envergadura e inclusividad. Sólo podemos establecer una ética que satisfaga una amplia visión moral si le damos cabida a todos nuestros recursos innatos de relevancia moral. Siguiendo este curso podemos expandir nuestro esfuerzo moral más allá de la humanidad, para incluir a las demás criaturas que nos rodean, hoy en día tan castigadas por nuestras actividades, y al abusado planeta que nos sostiene. Una ética firmemente establecida sobre todos los motivos pertinentes, desde el más fuerte hasta el más débil, debe alentar inmensamente nuestros esfuerzos por salvar la Tierra del desastre que crecientemente la amenaza. El movimiento ambientalista es de gran relevancia ética pues la posibilidad de una moral permanente, firmemente establecida, depende de su éxito; pero es todavía muy débil para cumplir sus objetivos en una escala global y requiere de todo el apoyo, práctico e intelectual, que podamos darle.

Notas

1. Herbert Spencer. *The Principles of Ethics*, 2 vols. New York: D. Appleton and Co., 1992-93.